

ña. No soy el que os induciré á tener indistintamente por hombres malévolos y perjudiciales á los que se han dejado contar entre los incrédulos; sabeis ya el juicio que se adquiere el filósofo que se nos presente, en cualquiera clase que sea, adornado de las bellas calidades de bondad, rectitud y buena fe. Con estas observaciones facilmente se desvanece el equivoco de esta cuestion repetida á cada paso. *¿Qué un incrédulo no puede ser hombre de bien?* Y no es menos obvia la solucion, sin necesidad de que recaiga sobre los buenos la maldicion que merecen los malvados. Mucho le queda aun que caminar á la filosofia, si es que aspira á ganar el corazon de los que ha sabido sujetar á su yugo. El frenético autor del *Sistema de la Naturaleza* ha sentido á par del alma cuan corto era el

número de los filósofos que estuvié- sen íntimamente imbuidos del espíritu de su estado. No esperando apenas vivir bastante para ver con sus ojos la feliz revolucion que habia de crear un mundo nuevo, ha desahogado su indignacion contra el comedimiento é indolencia de los escritores que dejaban subsistir todavía ideas de Dios y de la libertad del hombre; y para su consuelo ha dejado correr su imaginacion por el lisongero espectáculo que ofreciera la tierra, cuando llegase á cumplirse el voto de la filosofia. Desde el borde de su sepulcro ha saludado en una lontananza á un universo libertado de su autor, y de quien le domine, y á todo el género humano en posesion de las prerogativas de que gozan los otros seres vivientes, sin Dios, sin altares, sin culto, sin principes, sin leyes y sin

tribunales. Y para que la generacion presente empezase ya á gustar de antemano de esta felicidad tan recóndita en el porvenir, y que los desgraciados de todos los estados percibiesen la poderosa influencia de la filosofía para *beatificar* al linage humano, y para reintegrar en su honor é inocencia á lo que insensatas preocupaciones califican de *crimenes*; este profundo *Intérprete de la Naturaleza* ¹. transforma todas las inclinacio-

¹ Leyendo con alguna reflexion el libro del *Hombre*, cualquiera convendrá desde luego en que no es de *Helvecio*; por otra parte el *Código de la Naturaleza*, los *Pensamientos filosóficos*, el *Sistema social y el de la Naturaleza*, guardan entre sí tan estrecha analogía en la unidad de principios, semejanza de designio y concierto de consecuencias, que sería bien escusable á todas luces el error del que creyese reconocer en

nes que las *ilusiones sociales* atribuyen al envilecimiento y depravacion del corazon, en impulsos orgánicos y modificaciones de constitucion y temperamento. Así tú, á quien una irresistible necesidad ha llevado á asesinar á tu hermano, ó á robar la subsistencia á tu vecino, llora la fatalidad de tu destino, pero conserva la estimacion de ti mismo; la naturaleza te absuelve; eres tan solo culpado ante los tribunales que no la conocen, y que ella no admite; si el error público te reserva una muerte cruel y afrentosa, la razon te rehabilita á los ojos de los sabios, y el verdadero filósofo solo ve en tí un *hombre sugeto á una enfermedad mas que los otros* ¹.

todas estas obras la marca de una misma tienda, ó ropería.

¹ Sistema de la Naturaleza.

Si no os sentís dispuesto, mi querido Vizconde, á elevaros hasta la altura de estos sublimes y saludables principios, ciertamente no habeis seguido vuestra vocacion en haceros filósofo; y así en esa secta no pasareis jamas de ser lo que son los supersticiosos en la Religion. El hombre de *sistema* desecha para el Cristianismo á los que se meten á filosofar y se quedan debajo de la region á que él se remonta; reprueba irremisiblemente todo camino medio, que una cobarde condescendencia ha imaginado entre el Cristianismo y el ateismo: cuenta en la clase de los imbeciles y devotos, á todos aquellos que habiendo rebatido la espiritualidad y la inmortalidad del alma, *desconocen la energia de la naturaleza*, le asignan un Motor misterioso y teológico, y retienen ideas de moral, causas fi-

nales, justicia y virtud; en suma demuestra palpablemente, que abandonar la Fe sin hacerse Ateo es la inconsecuencia mas absurda, y que debe reducirse por único partido á quedarse cristiano, todo filósofo que tema seguirle en el vuelo de su audacia.

¡Qué triunfo para la Religion haberse de ocultar en un espantoso abismo, si se quiere ser un desertor de ella sistemático y decidido! ¡y qué prueba mas sensible de su necesidad sobre la tierra, que el llegar á este grado espantoso de enbrutecimiento y ferocidad los que juraron su destruccion! Os confieso que yo coloco la Incredulidad en el orden de las mas victoriosas demostraciones de la verdad de la Fe; y si mi estima y admiracion al Evangelio necesitasen corroborarse, leeria los libros de los que le han atacado, y estoy bien cier-

to que gustaria entonces toda la solidez y toda la belleza de las Escrituras sagradas , y reconoceria el verdadero elemento de mi razon y de mi corazon, percibiendo la grata sensacion que recibe un viagero , cuando despues de haber caminado por desiertos incultos entre seres maléficos y feroces , respira y se regocija hallando en fin figuras humanas y amables.

La desgracia para las personas de vuestro estado y de vuestra edad, consiste en dedicarse con sobrada porfia al estudio de esa pérfida filosofía que preconiza la razon para extinguir sus luces, y reconocer la Religion por los caractéres estraños con que no cesan de desfigurarla sus enemigos, para dar de esta manera peso y verosimilitud á las calumnias con que la despedazan. Y pues tantas ve-

ces habeis vos quitado tambien el placer perjudicial de perderos en las ideas inconexas y artificiosas de la Incredulidad, antes de escuchar mas los clamores insensatos de sus detractores, exanimad esa Religion que os admitió en su seno en el momento en que nacisteis, y que os marcó desde entonces con el sello de sus promesas , y vereis si esta Fe que deshonra el impio con sus blasfemias, deja la menor incertidumbre acerca de la santidad y gloria de su origen, y que tanto por este aspecto como por todos los demas, ¡ con qué energía y superioridad se aventaja á todos los sistemas de la filosofía humana! ¡Cuál resplandecen en toda ella los caractéres augustos y sensibles de la eterna verdad y de la razon soberanal ¡De dónde sino es de los tesoros de la sabiduría infinita, ha podido proce-

der esta doctrina tan sublime, tan maravillosa y tan elevada sobre todos los conceptos del entendimiento del hombre? esta doctrina que nos revela las cosas tan grandes, que nos destina á tanta gloria, que nos reduce á nuestros ojos todos los espacios y grandezas del universo; que nos desprende de nuestras pasiones, de nuestros sentidos, y en una palabra de nosotros mismos; que en nuestra vocacion á vivir eternamente en el seno de la gloria de Dios, nos muestra la esplicacion de la infinitud de nuestros deseos, la razon de la insuficiencia de todas las criaturas para hacernos felices, el motivo de la creacion del cielo y de la tierra, la causa de la fundacion y de la caida de los imperios, y el resorte de todos los movimientos y de todas las revoluciones generales, y

personales, que son sin ella misterios tan impenetrables? ¡Qué filosofía esta, que quita á nuestros males todas sus amarguras! que mira con tanto aprecio el olvido del interes, y el celo por la felicidad de los otros! que nos vuelve preciosas y apetecibles las penas y los reveses inevitables! que nos hace aguardar sin temor y sin inquietud el menoscabo y ruina de nuestros cuerpos, y que al fin transforma en teatro de triunfo y felicidad, el horror y ascosidades de nuestros sepulcros!

Y aun cuando tan sublimes ideas no presentaran el testimonio evidente é irrefragable de su emanacion de la fuente eterna de toda luz, todo hombre que se conozca á sí mismo no podrá menos de acogerlas como el verdadero recurso de su razon, y de abrazarlas como el único punto de

apoyo de su corazon. Por mas que se agite la mala fe, y se atormente para oscurecer su verdad, no puede ser un sueño del entendimiento humano, lo que supera á toda inteligencia, ni menos obra de la impostura, lo que nos causa tantos bienes. De esta manera, Vizconde, la Fe sostiene su divinidad con su propia fuerza, y con el solo carácter de su solidez y escelencia. Esta luz celestial desafía á toda la sagacidad de los filósofos para que expliquen, si pueden jamas, el fenómeno de su aparicion en la tierra y la maravillosa revolucion que ha producido en las costumbres del género humano, mientras que ellos cierran los ojos para no verla descender de lo alto, y se resistan á adorarla como salida de la inmensidad de los resplandores divinos. ¿Qué hace pues el impío cuando en el delirio de su

encono á quanto contrista y humilla su corrupcion, intenta el trastorno de una economía tan divina en sí misma y tan necesaria para la felicidad del mundo? ¿Qué hace sino publicar el desorden de su juicio y de su corazon, y provocar la indignacion de todas las almas honradas y sinceras, contra la puerilidad de las pasiones que le ciegan, y la bageza de los intereses que le alucinan?